

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

# crear

## EL CUIDADO

T. Berry Brazelton es un famoso pediatra norteamericano. Sus libros me gustan porque expone con claridad su experiencia, y manifiesta continuamente su admiración por la infancia, y afán por cuidarla. Repite con insistencia que las dos cosas que más necesita un niño –y por este orden– son ternura y disciplina. “Disciplina –explica– significa enseñanza, no castigo. Su objetivo es que el niño tenga conciencia de los límites”. Hace años, Juan Rof Carballo, gran médico y gran humanista, escribió *Violencia y ternura*, un bello libro sobre este mismo tema. La educación

exige cariño y rigor. No haber comprendido que ambas cosas son imprescindibles, más aún, haber pensado que son contradictorias ha conducido a una educación permisiva cuyo fracaso es evidente. La indulgencia puede entenderse como una demostración de desinterés. Según dice Selma Fraiberg, en un estupendo libro titulado *The magic years*, “un niño que ignora la disciplina es un niño que no se siente amado”. Un niño al que no se le detiene cuando él sabe que debería detenerse piensa que su comportamiento no importa a nadie. “Mis padres no me quieren lo suficiente para decirme que no lo haga”. La equivocada idea de que la disciplina coarta la libertad ha supuesto para la educación lo mismo que la mixomatosis para los conejos. Ponerla en riesgo de extinción. La libertad no es una característica espontánea del ser humano. Es una propiedad aprendida. Y este aprendizaje supone el previo dominio de

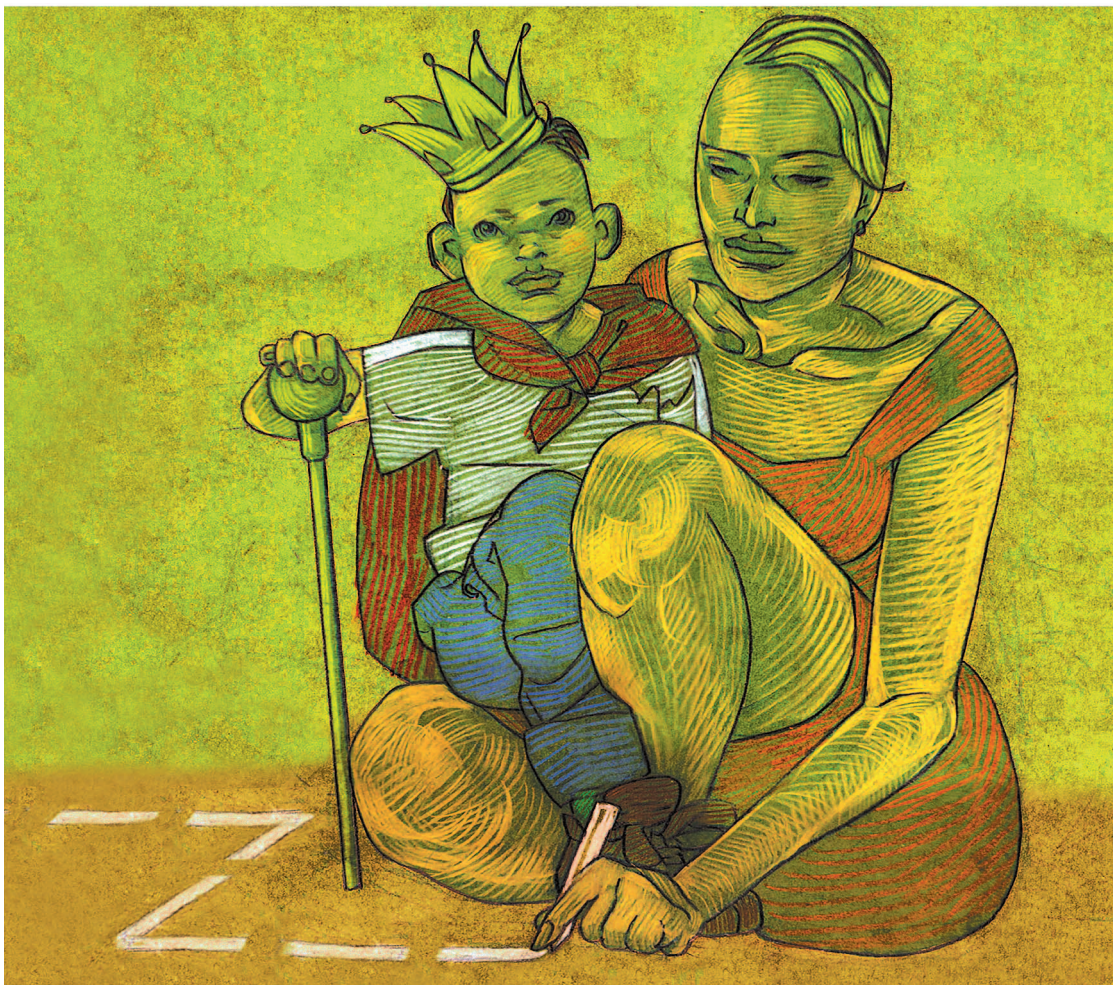
las propias capacidades. El entrenamiento –esa gran exclusividad humana– nos proporciona un gran ejemplo. El bailarín sólo adquiere la soltura, la agilidad, la libertad en el aire mediante el pesado trabajo en la barra, mediante la disciplina muscular. El escritor no es más libre por no respetar las reglas de la sintaxis. Es, precisamente, dominar esos mecanismos lo que le proporciona la libertad creadora.

**ESA UNIÓN DE TERNURA Y EXIGENCIA ES LA BASE DEL CUIDADO, PRINCIPAL ACTIVIDAD DE LOS PADRES**

Pero la disciplina sin la ternura produce efectos contraproducentes en el niño. Por ello es necesario compaginar ambas dimensiones. A partir de su distinta dosificación podemos hacer una tipología básica de los estilos educativos, y me gusta recomendar a los padres que reflexionen para descubrir a cuál

pertenecen: Frialdad+límites= estilo autoritario. Frialdad+ausencia de límites= estilo negligente. Ternura + ausencia de límites= estilo permisivo. Ternura+ límites= estilo responsable. Este es, sin duda, el estilo que no tiene contraindicaciones. Los demás causan problemas a los niños.

Esa unión de ternura y exigencia es la característica básica del cuidado, que es la actividad fundamental de los padres. Cuidar de alguien significa atender, proteger, corregir, calmar, animar, limitar. Esa actitud, ese comportamiento, tan maternal debería generalizarse. Necesitamos una “maternalización de la sociedad”. Mal que bien vamos estableciendo una convivencia basada en la justicia. Pero la justicia es un mínimo, compatible con la frialdad. Por encima de la justicia deberíamos establecer una “cultura del cuidado”. Somos seres vulnerables y no sólo necesitamos que nos den lo que nos corresponde (justicia), sino que nos ayuden cálidamente a vivir. Y eso es el cuidado. ■



Raúl